

SIMARRO Y LA CIENCIA EXAMEN DE UN TEXTO OLVIDADO

HELIO CARPINTERO

Universidad Complutense de Madrid

SUMARIO

Luis Simarro, primer catedrático de psicología experimental de la universidad de Madrid (1902), pronunció una conferencia sobre "Misión de la ciencia en la civilización" en 1903. Esta se incluyó dentro del primer curso de la Universidad Popular de Valencia que fundó Vicente Blasco Ibañez en esta ciudad para fomentar la educación popular.

En ella, expone una concepción pragmatista y positivista del saber. Este está orientado hacia la vida, y se halla condicionado por el nivel de desarrollo de la sociedad que la cultiva. Aspira a que la ciencia fundamente las creencias e inspire la vida de la sociedad. Semejante ideal en cierto modo cree verlo realizado en la Grecia clásica, y en los Estados Unidos de su tiempo. En el marco español, la conferencia representaría un proyecto de "regeneracionismo científico", afín a los ideales de la Institución Libre de Enseñanza, la Escuela Moderna y los motivos básicos de la generación de 1886—Ortega, d'Ors, Marañón...-. Tal proyecto parece clave para comprender la trayectoria biográfica posterior de su autor.

Palabras clave: Simarro. Blasco-Ibañez. España contemporánea. Positivismo. Reformismo social

ABSTRACT

Luis Simarro, the first professor of experimental psychology in the University of Madrid (1902), gave a lecture on the "The mission of the science in the civilization" in 1903. It took place in Valencia, as part of the first course of lectures in the Popular University of Valencia, an institution created by the politician and famous novelist Vicente Blasco Ibañez to enlighten the working people.

It offers a pragmatistic and positivistic view, that considers life as the ultimate goal for knowledge. Social evolution influences the mentality that dominates in a certain society. The author claims for a life inspired by a scientific outlook, an ideal he perceives incarnated in antique Greece and now in the United States. Simarro seems to favor a project of social reformation inspired in scientific ideas, close to the ideals maintained by other groups, like the Institución Libre de Enseñanza (Free Institution of Education), the Escuela moderna (The modern School), and the generation of 1886 (that of Ortega, d'Ors, Marañón...). From this lecture some clues may be gained in order to understand some traits of Simarro's biography.

Keywords: Simarro . Blasco-Ibañez. Contemporary Spain. Positivism. Social reformation

INTRODUCCIÓN.

En 1902, el doctor Luis Simarro obtuvo por oposición, con toda brillantez, la recién creada cátedra de psicología experimental, perteneciente a los estudios de doctorado de la Facultad de Ciencias, sección de ciencias naturales, de la Universidad de Madrid. Fue un paso decisivo en la incorporación de la nueva psicología al mundo académico español.

Su protagonista tenía entonces 51 años. Había nacido en Roma en 1851, en el seno de una familia valenciana, en la que quedó huérfano siendo todavía muy niño, y brillando muy pronto por su talento en sus estudios, y por su inquietud política en tiempos de agitación republicana en el país. Médico al fin, establecido en Madrid, estuvo ligado a los grupos culturalmente activos —el Ateneo, la Institución Libre de Enseñanza, y la Escuela Libre de Medicina de P. González de Velasco. Orientado desde sus inicios hacia las nuevas doctrinas evolucionistas y positivistas, tras una larga estancia en París cerca de JM. Charcot y otras figuras notables de la neurología de la época, regresó a España y pronto fue uno de los más reputados psiquiatras de la corte.

Amigo, consejero y luego contrincante de S. Ramón y Cajal en oposiciones, compartió con éste el afán de incorporar la ciencia positiva al haber de la sociedad española, dentro del marco general del movimiento de renovación cultural de los inicios del siglo XX. No obstante, ese sentido de responsabilidad social del científico le llevó a involucrarse de modo plenamente activo en la defensa del librepensamiento, y en concreto, de

la figura del maestro anarquista Francisco Ferrer Guardia, con ocasión de su procesamiento tras los acontecimientos de la Semana Trágica de Barcelona (1909). Simarro, miembro de la masonería como Ferrer, denunció las inconsistencias en la acusación que precedió a su fusilamiento, y promovió un movimiento en su defensa que no dudó en asimilar al que habla habido unos años antes en Francia a favor de Dreyfus.

La última parte de su vida estuvo muy vinculada al destino de la masonería, y a su quehacer como clínico, ocupando un lugar menor la actividad en su cátedra. Murió en Madrid en 1921, siendo una figura respetada y estimada, pero sin haber logrado dejar en marcha una escuela de investigación en psicología.

La obra de Simarro, aun siendo breve en extremo, contiene piezas poco o nada recordadas, que encierran información interesante sobre su autor. No debe olvidarse que el único libro que publicó es el dedicado a El proceso Ferrer y la opinión europea (1910). Restan sólo algunos artículos y lecciones, y un par de prólogos, como testimonio de su pensamiento científico. Estamos ahora en situación de añadir las conferencias que comentamos aquí, y que han sido pasadas por alto e ignoradas en los estudios existentes dedicados a su figura.

Se trata de tres conferencias que aparecen incluidas en un volumen dedicado a recoger las "Conferencias en la Universidad Popular de Valencia. Curso de 1902 a 1903", y editadas en aquella ciudad en 1903. Las tres tienen el mismo título, "Misión de la ciencia en la civilización", y constituyen una unidad, dividida artificialmente en partes por exigencias de su presentación pública a los oyentes.

Representan una síntesis de las convicciones y de la cosmovisión de su autor, y su examen puede arrojar luz sobre el sentido general de su obra y su persona.

Su contexto social

Según se acaba de indicar, las conferencias se incluyeron dentro de un programa de charlas que organizara la Universidad Popular de Valencia.

Esta fue una creación cultural de Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928). Blasco, figura de dimensiones internacionales, y creador de una interpretación literaria de su tierra natal valenciana, tuvo un continuado interés en fomentar la educación de sus coterráneos. Figura central del republicanismo en Valencia, había fundado en 1894 El Pueblo, diario que servía a sus intereses políticos, así como una editorial para difundir escritos y libros de una cultura progresista, la Editorial Prometeo.

Hay, en cierto modo, un paralelismo considerable en las vidas de estos dos valencianos, Simarro y Blasco Ibañez. Los dos, en efecto, dedicaron buena parte de sus vidas al activismo social, promoviendo una visión republicana, en fuerte oposición al conservadurismo clerical que concebían como gravísimo lastre para el avance social en nuestro país (Vickers, 1974). Ambos pasaron también por la experiencia del mundo europeo, con estancias en París que, entre otras cosas, les aportarían un considerable refuerzo a sus convicciones políticas: Simarro estrechó allí lazos con Nicolás Salmerón, y Blasco Ibañez, con el republicano Ruiz Zorrilla. De algún modo, además, ambos sintieron la influencia y atractivo de figuras como la de E. Zola, cuyo naturalismo encuentra ecos en el estilo blasquista, y cuya intervención de denuncia en el caso 'Dreyfus' iba a inspirar de algún modo el esfuerzo de Simarro en pro de Ferrer.

Precisamente Blasco promueve el establecimiento de esa Universidad Popular, contando con el apoyo de Simarro, quien imparte en su curso inaugural la conferencia de clausura a lo largo de tres sesiones.

Esta Universidad, concebida como centro de educación nocturno para los trabajadores, trataba de 'bajar al pueblo' ya que éste no podía "escalar las Universidades"; así lo veía su fundador, que encontró el apoyo decidido de una serie de notables figuras valencianas (Esteban, 1977).

El volumen que reúne el curso inicial contiene un conjunto de 24 conferencias que forman el ciclo. Va precedido de un prólogo en que se deja claro el propósito último político que animaba al fundador. "Espíritu ávido de progreso —se puede leer allí— ha introducido en Valencia un periódico que, despertando los sentimientos de libertad en el alma de los valencianos, les ha impelido a aprender a leer para embuir (*sic*) su cerebro de las doctrinas que profesan los pueblos grandes... Bajo la bandera de las ideas que ostenta, ha conseguido que se cobije un fuerte ejército que, capacitado para ejercer los derechos públicos a la vez que protesta contra el orden de cosas político y social establecido, desarrolla iniciativas provechosas para el proletariado" (1903, 3-4). La política de oposición populista que entrañaba el blasquismo requería como base la educación popular. Dadas sus principales reivindicaciones de mejora y elevación de la clase obrera, había sin duda de ser simpática a Simarro. Pero contó también con otros apoyos, en general orientados en un amplio sentido progresista. No es el menor el que prestó a la publicación de la mencionada obra el taquígrafo que recogió sus textos, José Ibañez Taso, autor de una singular declaración de epílogo. Precisamente al término del volumen que los incluye, incorporó una breve declaración ("Finis coronat opus"), donde se lamenta de los trabajos y de la falta de ayuda con que ha debido realizar su tarea: "Los obreros no han respondido como debían...[y] los que me

dispensaron protección han tenido que distraer su voluntad en otras obras..."; no obstante, le consuela la importancia de la obra y el haber colaborado "a la obra de la educación del obrero" (1903, 441).

Colaboraron con sus lecciones en este curso, además de Simarro, Anselmo Arenas, Gumersindo de Azcárate, Jesús Bartrina, Juan Bartual, el Dr. Cervera Barat, Julio Esplugues, Adolfo Gil y Morte, Jose M. Milego y Saturnino Milego, Luis Morote, Miguel Orellano, Rafael Pastor González, Vicente Peset, y Cesar Santomá. Se habló de literatura popular, de la muerte, de la química y del cuerpo humano, de higiene, de las enfermedades contagiosas y de muchas cosas más.

Curiosamente, Azcárate dedicó su charla inaugural a hablar de la neutralidad de la ciencia, precisamente porque advertía el peligro de que se pudiera pensar, dadas las ideas de los fundadores, "que ésta no es una Universidad neutral" (1903,7). Frente a ese hipotético peligro, quiso proclamar "la neutralidad de todo establecimiento de enseñanza" (Ibid.), que estaría basado en valores de libertad, tolerancia y desinterés.

El proyecto de universidad que aquí nacía de la mano de Blasco con toda seguridad hubo de resentirse del alejamiento de éste, al trasladarse a Madrid en 1903, y cerrar el palacete en la Malvarrosa valenciana que sus partidarios le habían regalado por suscripción popular. El blasquismo se encontró, además, envuelto en luchas violentas con otros grupos de orientación próxima que trataban de envolverlo. Muchos de esos proyectos hubieron de frustrarse.

En cualquier caso, el intento fue interesante, y la aportación de Simarro merece un examen detenido.

El contenido de las conferencias

Convendrá primero presentar el núcleo general de su contenido.

El título general, "Misión de la ciencia en la sociedad", resume bien su propósito. Este declaradamente no es otro sino "hacer ver la función que las ciencias ejercen en las sociedades modernas" (1903,387). La ciencia, dicen varios de los participantes en el curso, es el tema de esa Universidad popular; se trata, pues, de explicitar el último fundamento del proyecto cultural colectivo que a todos inspira.

Desde el comienzo, se deja ver una doble influencia sobre nuestro autor: el pragmatismo –la ciencia es saber para la vida–, y el positivismo –el saber está socialmente condicionado.

El hecho inicial es la pluralidad y diversidad de pueblos y sociedades. Desde una perspectiva evolucionista, hay primero los pueblos 'naturales' –de vida rudimentaria y sin otra institución que la familia–; los 'salvajes,

con civilización incipiente; los 'bárbaros', con instituciones complejas donde "la religión, el militarismo y la monarquía se unen" (Id.,388), y en fin, los 'civilizados'. Lo que caracteriza a estos últimos, pueblos europeos y americanos, es que su cultura "tiene por *fundamento* la ciencia y el arte" (Id.,392). Aunque en ellos haya grupos de mentalidad más primitiva, le importa el nivel que resulte predominante. (En España, un punto civilizado resultaría ser Valencia, mientras que serían bárbaros algunos grupos del Maestrazgo o de los montes de Huesca , y salvajes los habitantes de las Batuecas, "que no conocen actualmente la moneda..." [Id.389]).

Entonces, "¿dónde y cómo ha nacido la cultura o la ciencia?" - notemos aquí que cultura, ciencia y arte los emplea nuestro conferenciante como "sinónimos" (Id.,392). Simarro admite que las cosas "no se inventan más que una vez", y que inventadas se propagan (Id. 395). Pues bien, la cuna de la ciencia es para él sin disputa Grecia. Se trata del 'milagro de Grecia' de que hablara Renan (Id.396).

Aquí hallamos toda una serie de consideraciones sobre los rasgos del mundo griego, que pueden explicar tan importante creación. Anota entre otros su cosmopolitismo, el tipo de vida libre dedicada al comercio, la pluralidad e incluso "anarquismo" de opiniones entre sus gentes, y con ello cierta dosis de escepticismo; el afán por la originalidad personal de artistas y creadores, su racionalismo —ejemplificado en el urbanismo de Hipódamo o en la constitución de Turio hecha por Protágoras... - , y la condición laica de sus primeros científicos - ni militares ni sacerdotes (Id.401).

Y así se ha creado una civilización que parece comparable con la de hoy en cuanto a ideales , si se toma como modelo el ideal ateniense expresado por Pericles en su famoso discurso fúnebre (Tucidides,lib.II) acerca de los valores de Atenas.

Por otro lado, el saber en que la ciencia consiste es esencialmente vital. Con un sentido claramente pragmatista, Simarro afirma reiteradamente esa función vital : es "la ciencia para vivir, no... para después de la vida" (Id.401). Surge de la reflexión sobre el quehacer práctico, y al cabo, torna a la práctica, iluminándola y fundándola.

La segunda conferencia comienza recordando los logros de la cultura griega : su perfección en arte y ciencia (la obra de Fidias, las Tanagras, la pintura de vasos, el atomismo de Demócrito...) . Entre paréntesis, Simarro descubre aquí que a sus amigos los pintores J.Sorolla y E.Sala aquella pintura de vasos griegas les parecía "la cosa más perfecta" (Id.408).

Los logros helénicos se difunden y prolongan por la historia, tanto, que le parece posible decir que "toda la civilización del mundo es griega" (Id.411). De ahí la importancia de estudiar la cultura clásica , no tanto el latín si éste solo se usa para leer "tonterías...del Vaticano" (Id.411).

Pero Grecia ha producido la ciencia. Y por esta hay que entender un conocimiento reflexivo, sistemático, crítico y no dogmático (Id.414), nacido del trato con las cosas y no con los libros, y destinado a ser un saber "de la vida", no de la muerte –con alusión al pensamiento de Spinoza. Su postulado o supuesto es la regularidad de fenómenos; su método ante cada caso es "pensar en ello" (Id.416). Y se piensa en el marco de una tradición y colaboración social (Id.418), idea que Simarro atribuye a Giner.

La ciencia subsume los casos individuales en leyes, y produce, como afirma E.Mach, una 'economía del pensamiento'; se funda en la 'razón común', y satisface al intelecto humano, pero además se aplica a la vida. En esta aplicación se muestra toda una serie de funciones suyas: no solo satisface la mente, sino que "es un instrumento para vivir", explicita "los fines que el hombre se puede proponer según su naturaleza", y "puede modificar la naturaleza del hombre" y mejorarlo (Id. 419). Tiene, pues, una función ética junto a su valor práctico innegable. Y muestra los límites de lo humano, porque ni puede dar al hombre 'la luna', ni puede hacerle 'volar' (Id. 422).

La última conferencia se centra en el análisis de esas funciones ética y pedagógica. Subraya que la ciencia, por medio de la técnica, modifica el medio humano, y así las sociedades avanzadas dependen menos del medio natural que del 'artificial y social' (Id. 428). Esto da pie para recordar a Marx, quien ha sostenido que "el trabajo determina las relaciones sociales" y en general toda la sociedad; y aunque le parece éste un principio verdadero, no lo ve como 'completo', porque "el hombre no es un animal económico, sino que es un animal inteligente, moral", aspectos que faltarían en aquella concepción (Id. 429). Y así se pasaría por alto que cuando el hombre se propone algo, siempre es "una finalidad compleja" –que incluye conocimiento, belleza, valor moral...- (Id. (430) .

La ciencia es moral porque determina tales finalidades. Lo hace al distinguir lo posible de lo que no lo es. Pero además, como la ética, que se ocupa del deber, se tiene que fundar "en el conocimiento de la naturaleza humana", tiene que partir de la relación del hombre con la naturaleza y del "concepto del mundo" (Id. 431).

El mundo es esencialmente social. Y el hombre comienza por absorber las reglas de su sociedad. Pero pasa por una evolución: el 'animal hermoso', el 'ser rutinario' y al fin la persona. En su conducta le guían el carácter, y la relación suya con las cosas, y las costumbres, pero hay un fundamento moral más radical, un principio de lo moral.

Aquí aparece una inexcusable referencia a la idea kantiana del imperativo categórico, y a la tesis del formalismo moral de Stammler. Tales formas morales son capaces de tener distintos contenidos, pero subrayan ante todo que el hombre es ser activo y no mero espejo pasivo (Id. 434),

y que su actividad se guía por su conocimiento. En este conocimiento, naturalmente, se injerta la influencia social: las opiniones, las modas, y los modelos que imitar, pero sobre todo influye la creencia.

El hombre sigue aquella opinión "que engendra la creencia" (Id., 435), aunque haya que distinguir ahí entre la creencia "que creemos" y aquella "que creemos que creemos". Ejemplo de la primera sería el creer que el fuego quema –por eso no ponemos en él la mano ; de la segunda, el decir que robar es malo, porque el ladrón dice admitirla pero no ajusta a ella sus acciones.

En todo caso, es claro que el problema para introducir una normativa en la conducta se centra en engendrar creencias verdaderas. Y ello se puede hacer, dirá Simarro, bien por demostración de la razón, o creando los sentimientos que guían las acciones – "porque la razón obra sobre la conducta mediante un sentimiento" (Id. 436). Y ese sentimiento se puede generar en otros mediante ritos solemnes, o también mediante castigos, pero el único "verdaderamente eficaz" es el "convencimiento" (Id., 436). Este se logra cuando convergen una idea y un sentimiento concorde, a través de un proceso de educación. Dada la primera, esta última ha de proveer de aquel sentimiento adecuado.

Esta educación no es meramente escuela, sino que es un vasto proceso social, que incluye los ideales sociales. En este punto entra la ciencia : debe proponer "un ideal de ciudadano, tanto en la forma como en el fondo" (Id. 437). Mientras Marruecos enseñará el Corán, en Europa se enseña la ciencia (Id. 437), y se formará a los ciudadanos para el trabajo y para la paz y no para la guerra; ejemplos de esta educación hay en Suiza, y sobre todo en Estados Unidos. En este último país se ha entendido que el poder lo da el saber, y que éste da fuerza a una sociedad, y además , al difundirse, contribuye a limar las desigualdades sociales . Excluidos los títulos de la nobleza, quedan dinero e instrucción como dimensiones de desigualdad : la difusión de la enseñanza promueve la igualdad democrática. Y desde ese punto, aunque decimos que los americanos "son unos mercachifles, unos tocineros,...la verdad es que son mejores personas que nosotros;... instruyen a todo el mundo y derrochan algunos millones en la civilización de la nación" (Id., 440).

Hasta aquí, la síntesis de sus ideas. ¿Qué representa, intelectualmente, esta obra?

El horizonte positivista

El tema general del significado de la ciencia y su relación con la cultura no puede dejar de verse dentro del marco de la filosofía positivista, que domina el fin del siglo XIX en Europa.

Desde fecha temprana se sintió atraído nuestro psiquiatra por las tesis de aquella filosofía. En 1875 participó, junto con M. de la Revilla, el Dr. Cortezo, J. del Perojo y P. Gener en un debate sobre vida y energía en el Ateneo de Madrid, enfrentado este grupo de orientación más bien positivista a figuras como el krausista U. Gonzalez Serrano o el espiritualista J. Moreno Nieto (Núñez, 1975; Sala, 1987).

El positivismo propone una relación esencial entre el modo de conocimiento ejercido y el tipo de mentalidad dominante en un grupo o en una sociedad. Es la famosa ley de los tres estados que formula Augusto Comte en su curso de filosofía.

Ese mismo tema es el que domina en estas lecciones. La humanidad se halla en estadios diversos – aquí ordenados , en creciente desarrollo , desde los pueblos salvajes, (a cuyo nivel inferior llamará Simarro 'pueblos naturales' [Id.388]) , al de los bárbaros y, en fin, a los civilizados. Se trata de una escala habitual en su tiempo . Y así por ejemplo, en el Tratado de Sociología que publica en esos mismos años Eugenio de Hostos, también distingue entre salvajismo, barbarie y civilización, aunque introduce grados intermedios como semibarbarie y semicivilización (Hostos, 1904, 96 ss). Lo que es preciso advertir es que Simarro acude para caracterizar esos estadios a elementos etnoantropológicos, y no a las peculiares mentalidades ni a las funciones psíquicas dominante, como hiciera Comte. La presencia o no de instituciones sociales, la complejidad o no del lenguaje o del sistema de creencias, son algunos de los rasgos mencionados para caracterizarlos.

En cualquier caso, aquí se asume la idea de que esas mentalidades pueden coexistir en una sociedad, pues lo decisivo es cuál sea aquella que domina , pero sin que ello suponga la desaparición de otras formas menos avanzadas. En el caso de España, hay una gradación interesante de recoger :

"En España tenemos puntos que son civilizados, como Valencia, y otros que son bárbaros, que viven en la Edad Media, como el Maestrazgo o las montañas de Aragón, y hay regiones que viven en la edad de piedra, como los que habitan en los montes de Toledo, donde encienden el fuego frotando dos maderos...; y por último, si todos fuesen como los habitantes de las Batuecas, que fueron descubiertos en tiempo de Carlos III, que no conocen actualmente la moneda, que si les dáis una peseta en plata no saben lo que es y la prefieren en cuartos porque abulta más, sería un país salvaje" (Id., 389).

En los países europeos, ejemplo de países civilizados, la mentalidad está determinada por la ciencia. Pero el modelo , a sus ojos, lo constituyen los Estados Unidos. Y esto es algo bien notable.

Sorprende que tras la guerra hispanonorteamericana y la pérdida de las colonias en 1898, este hombre muestre una visión tan positiva del que hasta hace tan poco ha sido el país enemigo. Todo se debe a la particular situación en que allí se tiene a la ciencia. En efecto, primero, resulta que allí "tienen en todos los órdenes del saber organizados sus conocimientos, de tal suerte que, derivando todos de principios ciertos y demostrables, los llevan a la práctica con resultados positivos para la vida" (Id., 391) ; es el general practicismo americano, con extraordinarias consecuencias. Conscientes de la importancia de poseer un pueblo educado, los americanos estarían pagando jornales a los muchachos para que estudiaran en la escuela y no la dejaran para ir a trabajar antes de haberla acabado (Id. 419). Y concluye : "así tienen obreros más inteligentes y vencerán a toda Europa, como hoy están venciendo" (Id. 419).

También advierte que en aquel país, "todos los ricos se creen obligados a destinar una parte de su fortuna a establecimientos docentes, y se ha visto hombres que han dado *diez millones de duros* para fundar una Universidad..." (Id. 439)

La base de tal actitud estaría en su consideración de "la enseñanza y la difusión de la ciencia como una función social, como una necesidad del país...para mantener la supremacía de la nación" (Id., 418-9) .

Y termina sus consideraciones así : "los españoles, que somos unos caballeros, solemos decir que son unos mercachifles, unos tocineros, pero la verdad es que son mejores personas que nosotros; no tienen tantos títulos... pero instruyen a todo el mundo y derrochan algunos millones en la civilización de la nación" (Id. 439-440).

Es una de las más positivas imágenes del pueblo americano que , a mi juicio, podía hallarse por aquellas fechas entre los intelectuales españoles, mucho antes de que la I guerra mundial lo hiciera entrar de lleno en el horizonte de la historia universal. La base, bien se ve, es la relación de aquella sociedad con el saber, algo que estima decisivo Simarro para situar a un país en su nivel justo. Por encima de ese pueblo tan solo coloca a Grecia.

Grecia , ciertamente, es el modelo máximo, es la fuente de nuestra civilización. Entre muchos otros grandes espíritus, E. Renan lo había proclamado : "El progreso consistirá eternamente en desarrollar lo que concibió Grecia" (Renan,1909,9). La influencia de este autor es patente en estas conferencias : precisamente se lo cita para recordar sus palabras sobre "ese milagro [que] es Grecia" (Id., 396). Ese aticismo era un lugar común , que Simarro asumió tranquilamente.

Positivismo, y aticismo , se combinan con un factor de pragmatismo —que se ajusta a su admiración hacia Estados Unidos. Es la tesis de que la ciencia es saber vital, es saber para la vida.

En el curso de psicología que hacia 1902 dio nuestro autor, y que su discípulo Viqueira resume en su excelente libro de historia de la psicología (Viqueira, 1930) se deja ver la influencia marcada del pensamiento funcionalista y pragmatista de William James. Sin duda a esa influencia hay que atribuir también esta nota de intenso pragmatismo presente en estas lecciones. "Es la ciencia para vivir, no es la ciencia para después de la vida" (Id., 401) ; es el "conocimiento de lo que sucede" (Id., 412); y parafraseando a Spinoza, añadirá : "La ciencia es la meditación de la vida" (Id. 412). Desde luego, no llega a proponer la identidad de la verdad y la utilidad ; más bien se mueve dentro de las coordenadas de Mach, de quien cita su tesis de la economía del pensamiento, pensamiento tan central en el libro Conocimiento y error del gran neopositivista.

Estas notas dejan ver lo que a mi modo de entender es un nuevo rasgo de las lecciones : su lejanía de las ideas de Marburgo, respecto al constructivismo científico. Esta idea de ciencia aquí mantenida está lejos del modelo transcendental defendido por aquella escuela, cuya influencia iba a crecer en los años siguientes a través de Ortega, García Morente e incluso un discípulo de Simarro, Viqueira (v. Natorp, 1915). Las notas de ese tipo de conocimiento que es el científico, están mucho más ligadas al ámbito del empirismo positivista.

La visión sociologista del conocimiento.

A lo largo de estas conferencias corre la convicción de que hay una estrecha dependencia entre cultura y sociedad. Pero no se menciona, incluso diríase que no está presente la 'ley de los tres estados' de Comte, que correlacionaba nivel mental y desarrollo social. No recurre Simarro a la idea de que operen distintas funciones psicológicas, sino más bien a que hay desarrollos sociales ligados a la interrelación de distintos grupos sociales. Admite que los más atrasados, los 'pueblos naturales', estarían formados por "una raza más o menos pura" (Id.,388) , mientras que los que ya están más desarrollados tienen organizaciones 'compuestas de elementos diversos'. Y añade:

"Los pueblos se chocan unos con otros por medio de la guerra, se comunican por la vecindad , por el comercio, y unos aprenden de otro, y reciprocamente cambian sus instituciones" (Id.,390)

De análogo modo, el hecho de permanecer en el aislamiento social entrañaría el retraso cultural e incluso mental. La referencia a los batuecos, que ignorarían el valor del dinero, y cuya conducta estaría guiada más por la percepción que por las significaciones, apuntaría en la misma dirección.

La "mezcla" produce "civilizaciones compuestas", mientras que el aislamiento hace que la inicial originalidad de una sociedad se consuma y se agoste: "Todo pueblo ... que se aísla, decae" (Id. 394)

Ejemplo máximo de todo ello sería el caso de Grecia, cuya obra cultural vendría a tener por sustrato la complejidad social.

En efecto, el primer rasgo que se destaca en el pueblo griego es este: "primero era una civilización mezclada... navegaban, trafan y llevaban cosas" (Id., 397 s.); y cuando se trata de explicar el surgimiento de la ciencia en aquella sociedad se apela a ese mismo principio de la complejidad social: "La primera causa que impulsó la ciencia en Atenas fue el cosmopolitismo, es decir, la reunión de los pueblos diferentes" (Id., 399).

El choque de culturas, eso es lo que Simarro entiende como decisivo. Y lo explica con toda precisión. La contraposición de culturas que propicia el cosmopolitismo implica la existencia de una pluralidad de opiniones, y hace nacer el respeto hacia las opiniones ajenas, y en último término el surgimiento de un espacio de libertad. En una sociedad de "tipo uniforme", quien tiene una opinión personal y divergente "no se atreve a decirla" (Id., 399). La diversidad, la riqueza de ideas y experiencias abre, pues, un ámbito de discusión y hace posible la originalidad.

A partir de aquí brotan en cascada el resto de características: nace un cierto escepticismo frente a todas las opiniones, y, con ello, un cierto 'anarquismo intelectual' que da libertad para pensar y para decir; a eso sigue una conciencia de individualidad personal, y el sentimiento de ser uno el autor de sus obras. Además, Simarro añade otros rasgos usualmente admitidos al referirse a Grecia: su racionalismo – que se aplica a aspectos muy diversos de la vida, desde la política hasta el urbanismo, y que va ligado en ocasiones a un cierto antihistoricismo (Id., 400), y también la condición laica de su civilización en momentos clave como el de la Atenas de Pericles (Id., 401).

Se ve, pues, cómo ese conjunto de notas responde básicamente a una interpretación social del surgimiento de la ciencia griega. No se trata tanto de que haya habido allí una mentalidad 'científica', cuanto de que se han dado una coincidencia de factores sociales que han propiciado una nueva forma de existencia colectiva, que a su vez ha favorecido el desarrollo del tipo de pensamiento propio de la ciencia racional.

El hecho de que la civilización se enriquezca por el contacto de unos pueblos con otros permite entender el fuerte papel que Simarro hace jugar a la difusión de los instrumentos y de los inventos. Esa idea 'difusionista' de los hallazgos tiene en su tiempo un importante abolengo etnológico y folklórico. Las corrientes de expansión de un invento –el yugo, el carro,

etc.- permitirían trazar líneas de conexión entre civilizaciones. Pero Simarro, que sostiene temáticamente ese punto de vista, y afirmará que "las cosas en el mundo no se han inventado más que una sola vez" (Id. 396) ,la aplicará a la ciencia : y así ésta , en todas sus expresiones históricas, llevará en su seno la impronta y la semilla de la ciencia griega, su origen y modelo universal. Por eso llega a la tesis de que "toda la cultura del mundo descende de Grecia" (Id., 396) , y de este modo se acoge a la posición clásica que entonces defendiera Ernest Renan.

La idea de la ciencia.

Siendo este el concepto principal , en torno al que giran las lecciones, no resultará superfluo examinarlo con algun cuidado.

Hay una serie de notas que reúne Simarro al tratar de caracterizarlo. Se trataría , nos dice, de un conocimiento "reflexivo" y no meramente espontáneo. Eso quiere decir que resulta de una activa búsqueda de relaciones por parte del conocedor, y no de una representación inmediata de la realidad , dada al sujeto y no construída por él. (De paso, notemos un error en el texto : tras decir que la ciencia es "una manera de conocer", añade : "todo el que conoce hace ciencia" [Id.,412] ; evidentemente solo cabe decir que 'todo el que hace ciencia conoce', pero no el juicio anterior , posiblemente un error de transcripción.)

Se trata de un conocimiento reflexivo, o constructivo, que es "sistemático", y que produce una 'economía del pensamiento' al permitir pensar , bajo una regla, una multitud de casos o instancias individuales por ella representados. Esta tesis, que correctamente atribuye a Mach, nos pone en la pista del influjo que este último ha debido ejercer sobre nuestro autor. Esta idea de la "economía de la ciencia" (Mach, 1949, 399ss; cfr. 1948,299) , según la cual esta última permite "*ahorrar* la experiencia mediante imágenes y representaciones mentales de los hechos" (Ibid. 1949,399) , establece una esencial relación entre Mach y el empiriocriticismo de Avenarius, al que no resultará ajeno el propio Simarro.

En efecto, semejante concepción de la ciencia como un instrumento económico de abreviatura de la experiencia liga aquella con las necesidades de un modo esencial. El valor de la experiencia es permitir la adaptación, y cualquier resumen que de ella se haga seguirá teniendo el mismo fin. En lugar de movernos entre objetos ideales —una posición que defendería por estos años ya Husserl- , nos estaríamos moviendo entre necesidades biológicas de ajuste al entorno y satisfacción de necesidades. Pero esto es justamente la tesis de Simarro : que "la ciencia es la

meditación de la vida", y que "se hace ciencia siempre que se piensa sobre lo que se hace"... (Simarro, 1903, 412).

Desde ese punto de vista, efectivamente lo básico en la ciencia es 'que se piense', que se piense sobre la experiencia, y por tanto, que se la resume, sintetice o compendie. Se trata de obtener representaciones 'pensadas'. Así se comprende que al llegar a tratar del método, cuestión a la que ha cabido siempre un lugar central en cualquier reflexión epistemológica, Simarro lo despache con un solo golpe. Valiéndose de una anécdota acerca de Newton, que reconoció que el secreto de su descubrimiento había radicado en 'pensar en ello', dirá: "Ahí está todo el método de la ciencia; no hay más que *pensar en ello*" (Id., 416). Se trata de pensar, es decir, de producir representaciones mentales sistemáticas que resuman un sector de la experiencia humana.

Encaja perfectamente con esta postura teórica la admisión de que el pensar consiste en adquirir conocimientos mediante aquella función cognitiva de representaciones simbólicas en que consiste la inteligencia. Al pensar, el sujeto estaría poniendo en función esa capacidad cognitiva; más aún, incluso estaría satisfaciendo sus demandas y exigencias. "Como el estómago pide alimentos y los pulmones piden respirar... el entendimiento pide saber..." (Id., 415). Cabría pensar que se trata de la vieja idea de Aristóteles, según la cual el pensamiento parece simplemente responder a un deseo de saber natural, si no fuera porque su aproximación a las restantes funciones fisiológicas subraya y maximiza la visión naturalista de su autor. Está bien claro que nos hallamos dentro de una biologización del pensamiento y de la ciencia.

Ciencia y técnica.

La condición vital de la ciencia aparece por todas partes. Hemos visto que es un saber para la vida, que resume y sintetiza la experiencia; también vimos que tiene en su origen la acción -"se hace ciencia siempre que se piensa sobre lo que se hace" (Id., 412)-, y que la práctica es el suelo de donde brota. Una vez puesta en marcha, naturalmente trata de construir un sistema, y el interés cognitivo guía sus ulteriores esfuerzos (conocer por conocer) (Id., 412). Pero además hay toda una vertiente que da hacia sus posibles aplicaciones. Y son aplicaciones a la vida humana.

Una es que al conocer "las cosas y sus leyes" nos permite operar con mayor eficacia y mayor preparación (Id.415). En segundo lugar, establece lazos de cooperación entre individuos, pues se trata de un conocimiento objetivo que potencia y facilita la cooperación; unos hallan datos, otros

reflexionan sobre ellos, muchos aplican los conocimientos logrados, y muchos más se benefician del proceso entero. Ahí Simarro aprovecha la ocasión para diferenciar de nuevo las sociedades salvajes de aquellas otras civilizadas. En las primeras, dice, los individuos toman los productos de la ciencia sin conocimiento ni reflexión, como suceden en muchas sociedades colonizadas por las naciones europea; en éstas, en cambio, junto con los productos importan los principios teóricos que los originan, es decir, ven los resultados materiales como efecto de principios inmateriales.

En tercer lugar, y ello es decisivo, la ciencia genera unos modos estructurados de intervención y cambio del mundo, una técnica, la cual transforma el mundo en que vive el hombre. Mientras el primitivo ha podido vivir en un mundo 'natural', de espontaneidad y trato simple con las cosas, el hombre de las sociedades civilizadas vive en un mundo que ya no es natural. (Simarro refiere esta idea al historiador inglés Buckle). La técnica modifica el mundo, y de rechazo, modifica entonces al hombre mismo. En este punto incluye una referencia a las ideas de Marx.

En efecto, el hecho de que las relaciones de producción determinen el producto técnico y condicionen el mundo humano viene a suponer que "cada modificación de los productos determina una modificación de las relaciones sociales", y éstas traen nuevas ideas y actitudes, de suerte que "el trabajo determina las relaciones sociales y hasta las relaciones políticas y todos los mecanismos de la sociedad" (Id. 428). Y añade: "Este es el principio de Carlos Marx, por el cual se dice [:] varíense los procedimientos y variará la sociedad" (Id.428).

Hay en todo este cuerpo de reflexiones dos aspectos bien diferenciados. Uno lo constituye la idea del entorno no natural, artificial, social e histórico en que el hombre vive como resultado de su progreso. El otro, la referencia de Simarro a Marx.

El primer núcleo de cuestiones le conducirá a postular una función ética y educativa de la ciencia sobre el hombre. Lo veremos enseguida.

El segundo, en cambio, le lleva a marcar sus distancias respecto de las ideas marxistas. En este punto, no cabe silenciar la estrecha relación que Simarro tuvo con Jaime Vera, figura central del primer socialismo español. Pero nada de las ideas marxistas de alienación, plusvalía, capitalismo, lucha de clases, sobre las cuales gira la primera exposición marxista hecha por Vera en su "Informe de la Agrupación socialista madrileña" de 1884 (Iglesias y Elorza, 1973) encuentra ningún eco aquí. Tan solo cuenta la idea de que el trabajo determina la estructura social. Y ello, además, para enseguida criticarlo.

En efecto, a Simarro le parece limitada e insuficiente la doctrina de Marx tal como él se la representa. Por una parte, estima inaceptable la idea

de que el hombre pueda ser visto como un simple "animal económico", que entiende que es la que subyace al marxismo. Y ello porque, en sus propias palabras, "además de un animal económico, es el hombre un animal intelectual, artístico y moral" (Id., 429), es decir, hay esferas de la vida distintas e irreducibles a la economía.

Pero, en segundo lugar, también le resulta deficiente la idea de que en sus acciones el hombre tenga motivaciones simples, unilaterales. A su juicio, hay siempre en la acción humana "una finalidad compleja" (Id. 429), esto es, una pluralidad de dimensiones, que incluye elementos cognitivos, estéticos y morales. Que predominen unos u otros en unas acciones u otras, le parece evidente, pero no entraña simplicidad en la acción. Y, en confirmación de lo dicho, explora con algún detenimiento la dimensión moral de la ciencia.

Ciencia y moral.

Tal vez este punto sea aquella meta ideal a que el autor ha ido mirando al construir sus conferencias, como objetivo último que aspiraba a inculcar entre sus oyentes. Se trata de hacer ver que la ciencia tiene una esencial implicación moral.

De un lado, como toda obra humana, la ciencia tendría un valor moral, porque el hombre la que crea es un sujeto moral, y este comunica a sus acciones y sus productos las cualidades derivadas de su condición moral.

En un segundo plano, Simarro concibe que la ciencia contribuye a determinar los fines del hombre al permitir distinguir "lo posible de lo que no lo es" (Id. 430). Lo moral se refiere, según la doctrina tradicional, a la esfera de lo operable o factible. Pero desear lo irrealizable revela solo falta de conocimiento y de madurez, y en cambio el ajuste a lo posible está en cierto modo delimitado por el saber de la ciencia. Incluso ésta añade en muchos casos indicaciones sobre el modo de operar; por ejemplo, las recomendaciones que puede hacer la ciencia de la higiene en torno a nuestra actividad saludable.

La tercera línea estaría relacionada con el hecho de estar la moral fundada, como siempre lo ha estado, en la naturaleza humana (Id. 431). Podría pensarse entonces en que la ciencia, conocedora de esta última, sentaría las bases donde podría elevarse el edificio de la moral. Se trataría de un naturalismo moral en clara correspondencia con el biologismo ya señalado. Sin embargo, Simarro tenía muy fuertemente asumido el condicionamiento evolutivo de toda mentalidad social, y vela con toda evidencia que la técnica, al modificar el mundo, estaba modificando al

hombre mismo. Dicho de otro modo, se había situado intelectualmente dentro de una visión histórico social del problema. Y terminarla por fundar la moral en "un concepto del mundo" (Id., 431).

En su argumentación, anota que así como hay pueblos que fundan su moral en una concepción religiosa, otros lo hacen en una visión científica del mundo, pero en todos los casos se trata de que aquella se funda en una cierta concepción del mundo: "en ningún caso puede escapar la moral de ocuparse de un concepto del mundo. Y por ello mismo reconoce que toda moral "es una función eminentemente social", dado que el hombre en cuanto nace se encuentra dentro de un medio social, y la imitación y el aprendizaje le imbuyen las costumbres de éste último (Id., 432).

No termina ahí la cosa. Porque si bien la imitación inserta a un hombre en un contexto social definido, para Simarro el nivel imitativo está por debajo del nivel supremo de la actividad propiamente personal, y esta conlleva "una elaboración sistemática y reflexiva" sobre "los fundamentos de las cosas" (Id., 432). Y en esa elaboración, que entraña una respuesta, un reobrar sobre el entorno en función de las peculiaridades individuales, entra, naturalmente, el "carácter" de la persona; entra, también, sus aprendizajes y su educación; y entraría, en fin, un elemento al que llama "principio íntimo" y "fundamento intrínseco" de lo moral, que vendría a establecer la dimensión formal del deber ser – y aquí surge muy fundadamente una referencia al imperativo kantiano y al formalismo de Stammler. Y parece que ese fundamento estriba en la condición activa del ser mismo del hombre. Este no es "un espejo que refleja el mundo, sino que es un ser activo que se realiza sobre el mundo", y que contiene un "elemento" que determina la conducta (Id. 434).

Ese elemento parece relacionado con el carácter (Id., 434), pero no idéntico sin más. Porque las influencias sociales, y las opiniones, generan en algunos casos en el sujeto una última aceptación, que es "la creencia", y que falta en el caso de muchas "meras" opiniones. Y para Simarro, la opinión que influye es "la opinión que engendra la creencia" (Id., 435). Esta nos abre a la realidad. Quien cree que el fuego quema, no mete la mano en la llama; pero quien dice que cree que robar es malo, y luego roba, dice pero no cree aquello que está diciendo (Id. 435-6). Esas creencias están condicionadas por la sociedad en que el individuo se ha formado.

En esa formación Simarro anota la dualidad de elementos que entran en juego, a la hora de establecer creencias. Por un lado, habrá un cierto contenido o materia, pero por otro, ha de haber también una aquiescencia de sentimientos. "No basta la idea, se necesita que esta idea concuerde con un sentimiento" (Id. 436). Ambas cosas dependen de la sociedad, y de la educación que ésta proporciona, y de los fines que en ella están

vigentes. Buscando una contraposición notoria, se presenta aquí la vida guerrera y belicosa del imperio de Marruecos enfrentada a la vida pacífica y productiva de los europeos civilizados. Ahora bien, esto plantea la cuestión de que las normas y los ideales sociales han de ser transmitidos, han de ser enseñados a las generaciones sucesivas, y de ahí que la ciencia tenga también que estar ligada a una pedagogía que la introduzca en los espíritus y deposite en ellos las semillas de unas creencias sobre lo real fundadas en aquella. Y ha de generar los sentimientos que presten arraigo y vigor a las ideas comunicadas. Semejante tarea solo puede lograrse, dice Simarro, por dos caminos: por el aprendizaje que emplea medios de despertar sentimientos y emociones como son los rituales, "las ceremonias religiosas imponentes" (Id. 436), o los castigos, de un lado, o por el convencimiento racional.

Estas últimas reflexiones nos iluminan acerca del sentido general del proyecto de Simarro. Sus disquisiciones acerca de la misión de la ciencia en la civilización aparecen ahora orientadas hacia un propósito bien definido. Se trata de mostrar que desde el punto y hora que admitimos la naturaleza últimamente social del hombre, y la dependencia de su conducta respecto del "concepto del mundo" que su sociedad le inyecta a través de la educación formal y de los modelos vigentes que una educación informal proporciona, la misión de la ciencia tiene que ser la de sentar las bases de una educación científica y una visión del hombre orientada en la ciencia. Se habrá de educar superando formas y mentalidades pretéritas, entre las que no cabe excluir las influencias religiosas, y buscando vencer mediante el uso de la razón.

La meta, en suma, parece haber sido defender y propugnar una nueva educación que sentase las bases de una mentalidad científica en España. Lo que en un primer momento pudo parecer como un tema de teoría general, llevaba en su seno una carga de profundidad hacia la sociedad española de su tiempo. Se trataba de una regeneración en la raíz. Y la ciencia habría de cumplir esa tarea.

El contexto.

La pretensión de convertir la ciencia en un instrumento de regeneración del país no era nuevo. Baste con recordar que en su manifiesto fundacional, la Institución Libre de Enseñanza había proclamado su voluntad de fundar su práctica educativa en un espíritu científico, en vez de hacerlo en otra suerte de ideología. En el conflicto ideológico que enfrentaba a conservadores y liberales, el tema de la enseñanza había llegado a ocupar un lugar

central. Se veía la escuela como la clave capaz de ejercer una influencia decisiva en el control de los espíritus. Para unos, había de ser el instrumento que inspirara una educación conformada con los principios religiosos propios del catolicismo tradicional; para otros, debía ser el primer paso libertador de las mentalidades cautivas por el conservadurismo, y su fundamento no debía ser otro que el saber de la ciencia, tesoro de la modernidad.

La pretensión institucionista de una escuela no confesional, aunque respetuosa con las distintas convicciones, y con un espíritu abierto a un sentido de la trascendencia, generó enormes reacciones contrarias entre amplios sectores confesionales católicos.

Mucho más agresiva, en el sentido de una enseñanza laica, iba a ser la Escuela moderna propugnada por Ferrer Guardia. En sus textos se afirmaba la necesidad de suprimir las enseñanzas religiosas, como paso necesario previo para llevar a cabo una transformación social liberadora.

La oposición entre ambas direcciones saltó en muchos casos fuera del marco estrictamente educativo. La polémica de la «ciencia española», de los años 80, que enfrentara a Menéndez Pelayo con Azcarate y otros institucionistas, fue otro capítulo de la misma tensión ideológica social. El grupo conservador terminaría por imponer el control religioso de la enseñanza como resultado de los acuerdos concordatarios del gobierno con el Vaticano, y que tendría nuevos capítulos con las separaciones de profesores –en que se vieron envueltos Sanz del Río, Giner y algunos más–, y la política de denuncia y persecución de los profesores supuestamente poco ortodoxos, que iniciara el grupo muy conservador de Orti y Lara, soliviantado por la presencia de aquellos «textos vivos» en los centros de enseñanza como focos de subversión y de incredulidad (Lain, 1964; Carpintero, 1994).

Aquel espíritu cientificista, aunque concebido ya en sentido amplio, volvemos a encontrarlo en los artículos juveniles de Ortega. Su preocupación española, común con la de los hombres del 98, incorporó pronto el sentido educador institucionista y la convicción de que la incorporación de la ciencia a nuestra cultura era el requisito inexcusable para salir de la postración histórica en que el país se hallaba. «España es el problema, y Europa la solución», escribió en una ocasión; y enseguida precisó: «Europa = ciencia». Europeísmo vendría pues a significar tanto como afán de incorporar a nuestra sociedad los principios y la mentalidad propios de la ciencia moderna. Y uno de los ejemplos mayores de ese europeísmo educador y cientificista es el que cobró forma y efectividad a través de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones, la JAE, inspirada por Giner, apoyada por Ramón y Cajal y un puñado de figuras selectas, entre las que se contó durante unos años el propio Simarro.

Conclusión

Cuando se examinan las ideas características de estas conferencias, y se las sitúa en el contexto de la regeneración intelectual que animaba a ciertos sectores de la realidad española de la época, se advierte su profunda coherencia, y, al tiempo, la prioridad que a los ojos del psiquiatra madrileño tenía la modernización mental del país.

Su convicción de que los países y las sociedades gozan de distintas mentalidades, según sean los principios dominantes que inspiren las acciones de los individuos y los grupos, le debió impulsar a subordinar la creación personal a un más amplio proyecto de agitación social. Desde su idea de la sociedad moderna y positiva como aquella inspirada en la ciencia y no en la religión, idea de raigambre positivista a no dudar, cobra pleno sentido su lucha personal a favor, primero, de la Institución Libre de Enseñanza, y, llegado el momento, de la empresa educativa representada por la Escuela Moderna de Ferrer Guardia. Antes que el trabajo del investigador encerrado en el laboratorio creyó preferible la acción social de agitación, de campaña política, y de movilización de conciencias, llevado todo ello a cabo desde la sociedad masónica, la lucha periodística y la confraternidad de la ciencia. Estas conferencias de Valencia aparecen así como una clave que da pleno sentido y unificación al Simarro científico y psicólogo, y al agitador 'dreyfusista' impulsor de la movilización internacional de los espíritus delante del caso Ferrer. Si su valor intrínseco no es despreciable, su valor interpretativo de la personalidad de su autor aún las hace más notables. Confíemos en que salgan, ya de una vez, del olvido.

Referencias Bibliográficas

- Carpintero, H. (1994) Historia de la psicología en España, Madrid, Eudema
- Elorza, A. y Iglesias, MC., (1973) Burqueses y proletarios, Madrid, Laia
- Esteban Mateo, L. (1977) La Institución Libre de Enseñanza en Valencia. II. Instituciones, Valencia, s.l.
- Fusi, JP. y Palafox, J. (1997) España :1808-1996. El desafío de la modernidad, Madrid, Espasa Calpe
- Hostos, E.M. (1904) Tratado de sociología, Madrid, Bailly-Bailliere
- Laín Entralgo, P. (1964) España como problema, 3 ed., Madrid, Aguilar
- Mach, E. (1948) Conocimiento y error, Bs. Aires, Espasa Calpe (orig., 1905)
- Mach, E. (1949) Desarrollo histórico-crítico de la mecánica, Bs. Aires, Espasa Calpe Argentina (orig. 1883).

- Natorp, P. (1915) Em. Kant y la escuela filosófica de Marburgo, Madrid, Beltrán (trad. JV.Viqueira)
- Núñez, D. (1975) La mentalidad positivista en España: desarrollo y crisis, Madrid, Tucur Eds.
- Renan, E. (1909) Historia del pueblo de Israel, en VVAA. Novísima Historia Universal, vol. II, Madrid, La Editorial Española-Americana
- Sala Catala, J. (1987) Luis Simarro y el evolucionismo, en Investigaciones psicológicas, 4, 83-98
- Simarro, L. (1903) Misión de la ciencia en la civilización, en Universidad Popular de Valencia... Conferencias, I, Valencia, M.Prades Ed., pp. 385 ss.
- Simarro, L. (1910) El proceso Ferrer y la opinión europea, Madrid, s.l.
- Tucídides (1988) Historia de la Guerra del Peloponeso, Barcelona, PPU
- Vickers, P. (1974) Vicente Blasco Ibañez : Literatura e ideología (1880-1905), en VVAA. Siete temas sobre historia contemporánea del País Valenciano, Valencia, Univ. Valencia, 175-203
- Viqueira, JV. (1930) La psicología contemporánea, Barcelona, Labor

Recibido el 20 de septiembre 2001

Aceptado el 20 de diciembre 2001